

1992 o el abandono europeo del Tercer Mundo

Dauderstädt, Michael

Michael Dauderstädt: Cientista social y matemático alemán. Doctor en Ciencias Políticas. Entre otras funciones siempre vinculadas con la investigación de los países en vías de desarrollo fue director del Centro de Estudios para o Desarrollo Internacional (CEDI) en Lisboa. Actualmente trabaja en el Departamento de Europa del Este de la Fundación Friedrich Ebert de la RFA.

Si la CE se ve estimulada en su crecimiento económico por el nuevo mercado interno, los países en desarrollo no ganarán nada con ello. Una excepción, en el mejor de los casos, lo constituirían los países en vías de desarrollo más avanzados del Tercer Mundo. Los pocos ajustes en la política comercial exterior de la CE que serán necesarios no cambian por sí solos la escala de preferencias o el velado proteccionismo existente. Los probables cambios estructurales que se harán en respuesta a la presión de los nuevos miembros ibéricos y como consecuencia de la apertura hacia el Este europeo sólo resultarán en desmedro de los países subdesarrollados. La cooperación y ayuda para el desarrollo sufre una doble pérdida de importancia, tanto por la crisis de su legitimidad, como por el fin de la competencia entre los dos sistemas políticos mundiales en el Tercer Mundo. La ampliación hacia la península ibérica y el mercado interno sustituyeron el pesimismo europeo de los primeros años de la década del 80 por una nueva conciencia europea, que se ha extendido y ha transformado también al resto de Europa.

Los probables problemas se presentarán en su periferia suroeste y este, regiones sobre las cuales se concentrará la atención y recursos de esta nueva Europa.

Las tasas menores de crecimiento, las desventajas en comparación con otros países, provocan reformas: en Europa oriental, la perestroika; en la CE, el proyecto para la creación de un solo mercado interno. Un mercado más grande y sin fronteras para bienes, servicios y factores de producción pretende ayudar a Europa occidental a superar su supuesta «esclerosis» y recuperarse en la carrera tecnológica contra Japón y Estados Unidos.

Crecimiento sin consecuencias

La reducción de obstáculos físicos, técnicos y fiscales para el comercio (WeiBbuch sobre la realización del mercado interno), así como la eliminación de la obligatoria unanimidad en acuerdos sobre política económica (Acta Común Europea) deberán crear este mercado interno sin fronteras. Por lo pronto, el proyecto CE '92 representa sólo uno de los muchos intentos, siempre diferidos en el pasado, para cumplir con los compromisos de los Acuerdos de Roma. Como las iniciativas anteriores, ésta también está retrasada. De las casi 300 leyes y directivas necesarias, el Consejo acordó hasta mediados de 1989 alrededor del 40%, otro 40% le fue presentado por la Comisión y otro 20% aún deberá ser elaborado. En efecto, este 60% faltante corresponde a productos, sectores y políticas sobre las que es más difícil establecer una unidad de criterios o simplemente llegar a una mayoría entre los Estados miembros. De allí que sea poco probable que el mercado interno se realice hasta finales de 1992.

Aun cuando no se sepa ni cuándo ni cómo se irán a implementar estos instrumentos político-económicos, todos parecen estar muy seguros de sus efectos. Se discute únicamente sobre las dimensiones del esperado crecimiento. Algunos observadores no esperan ningún efecto o muy poco, puesto que la mayoría de las empresas exportadoras ya se orientan actualmente hacia un mercado más grande. La biblia del proyecto '92, el informe Cecchini, presume un único impulso del crecimiento de aproximadamente un 4%, y un reciente análisis de Baldwin supone un aumento a largo plazo de la tasa de crecimiento, producido por una mayor acumulación de capital y una cuota de inversiones más alta.

En efecto, las economías nacionales de los países miembros de la CE crecieron en los últimos años a niveles considerables. Sin embargo, las causas radican menos en el recién iniciado programa del mercado interno, en todo caso responden al optimismo despertado por el programa o a una febril actividad preparatoria de la economía. Más importante fue posiblemente la ampliación hacia la península ibérica, la fuerte coyuntura mundial y la apertura de Europa oriental.

Independientemente de las causas para este anhelado crecimiento, o de cuándo se presente, los países en desarrollo serán los que menos ganarán con ello. Aun cuando el crecimiento atraiga más importaciones, el alto nivel de desarrollo de la CE determina una estructura donde los productores de materias primas y de productos semielaborados son relativamente desfavorecidos. Los que en realidad ganan son aquellos que ofrecen bienes de inversión, productos elaborados de consumo y sobre todo servicios que, si provienen de países en desarrollo, son ofrecidos por aquéllos más desarrollados.

Por lo contrario, vendedores dentro de la CE, por ejemplo los nuevos miembros España y Portugal, se encuentran en mejor situación para sacar provecho del futuro crecimiento, y posiblemente hasta le quiten el negocio a los países en desarrollo. En lo que respecta a inversiones directas, ya puede observarse una nueva tendencia hacia el suroeste de la CE. A ello correspondería una reorientación en los intereses comerciales. Además, los países ibéricos presentan una gama de ofertas que compite directamente con los países subdesarrollados: producción manufacturera intensiva con mano de obra barata, agricultura subtropical y turismo. Sobre todo el último es uno de los renglones que adquiere mayor importancia para una economía de ingresos generales crecientes. El peligro para estos nuevos miembros tan bien situados radica en que no puedan compensar con devaluaciones su alta inflación, en caso de una integración monetaria simultánea, e intenten entonces defender sus ventajas competitivas (restableciendo medidas proteccionistas hacia afuera).

El desarrollo en Europa oriental refuerza esta tendencia eurocentrista. Si aquí se imponen la democracia, la economía de mercado y una apertura en su economía exterior, estos países se convertirán en socios o sedes comerciales más atractivas que la mayoría de los países subdesarrollados, por ofrecer, en parte, amplias existencias de varias materias primas, alto nivel cualitativo, mano de obra barata y factores culturales afines. Probablemente este proceso de modernización económica será lento, hasta que las economías europeo-orientales alcancen la capacidad de competir internacionalmente como, por ejemplo, los países subdesarrollados más avanzados. Al principio colaborarán sobre todo inversores extranjeros. Para los países en desarrollo más avanzados la modernización de Europa oriental puede significar posibilidades adicionales de venta. Los productores de materias primas podrían sustituir parcialmente a la URSS como proveedor, en caso de una liberalización de las cuotas interestatales establecidas dentro de la COMECON.

En resumen, se dará un reñida competencia entre los efectos de estas nuevas tendencias, por una parte, y las consecuencias de la ampliación comercial, por otra. La

pérdida de mercados en Europa, que sufrirán los países subdesarrollados por la oferta del Suroeste y Este europeo, puede compensarse con ganancias - sobre todo de aquellos países subdesarrollados más avanzados producidas por nuevos impulsos, pero sólo en caso de una fase de crecimiento fuerte y constante. Los perdedores serán seguramente los países subdesarrollados más pobres, que carecen de una producción competitiva.

Ajustes intrascendentes de la política comercial

Las implicaciones comerciales del programa del mercado interno afectan naturalmente en forma directa sólo el comercio entre los países miembros de la CE. Las regulaciones establecidas para el comercio exterior, en particular con los países en desarrollo, sólo cambian en la medida en que estén formuladas ahora, específicamente, para miembros particulares de la Comunidad. Esto incluye, por ejemplo, el convenio mundial sobre multifibra y textiles, el sistema general de preferencias, así como convenios autorre restrictivos y reglas para productos específicos, como el protocolo bananero, donde el acceso al mercado de los países extranjeros se establece por cuotas según los países miembros importadores. En estos casos los países miembros pueden prohibir importaciones de otros países miembros, si se trata de reexportaciones con las que se evaden las cuotas establecidas.

Además, los miembros de la CE tienen la posibilidad hasta 1992, según artículo 115 del EWGV* , de prohibir u obstaculizar el comercio desviado con productos cuya importación directa han prohibido o limitado, previendo dificultades económicas. El art. 115 y todas las cuotas nacionales aún existentes, aduanas y obstáculos no tarifarios deberán eliminarse. Estas pueden ser sustituidas por medidas globales para la CE. Pero probablemente muchos países, sobre todo los nuevos miembros, se reservarán cláusulas proteccionistas o tomarán contramedidas encubiertas. La nueva política comercial común sustituirá en parte las medidas nacionales de protección. Como afortunadamente antes de 1992 están pendientes tanto la reunión uruguaya del GATT como la nueva negociación del Acuerdo de Lomé (Lomé IV) y del acuerdo mundial sobre textiles, la política comercial de la CE podrá ser adaptada acorde a ellos. Es de esperarse que en cuanto a reglas sobre aduanas y cuotas será más abierta que en lo referente a normas u ordenanzas (sobre todo con respecto a salud y ambiente), donde se prevén más restricciones que en las anteriores regulaciones nacionales. En el GATT la CE posiblemente insistirá, por presiones de los nuevos miembros, sobre las medidas antidumping, cosa que siempre ha hecho. También el nuevo instrumento de «reciprocidad» afectará a los países subdesarrollados por las enormes diferencias existentes en lo que respecta a las capacidades

económicas. La CE se verá tentada a condicionar el acceso a sus mercados a la apertura de los mercados de los países subdesarrollados, eventualmente aunando esto a reformas del régimen político y al reconocimiento de las normas de la OCDE sobre derechos de autor, protección de modelos registrados, copyright, etc.

En cuanto a los obstáculos comerciales no tarifarios, el programa de mercado interno parte del supuesto que sólo una parte de los reglamentos nacionales deberá sustituirse por prescripciones comunes de la CE. En la mayoría de los casos la CE quiere aplicar el nuevo principio de reconocimiento mutuo de las ordenanzas nacionales. Según esto, un producto que esté permitido en un país de la CE, podrá venderse también en todos los demás. Los exportadores de países en desarrollo deberán someterse a un solo proceso de autorización nacional, para lo cual podrían escoger el menos exigente. Pero aun sin una armonización total, permanecerán regulaciones mínimas en muchos campos. Ante la creciente preocupación por la protección ambiental, por ejemplo, todos los vendedores deberán someterse a mayores exigencias cualitativas - que en casos particulares podrán funcionar como justificación para prácticas proteccionistas. Sobre todo los países ibéricos pueden utilizar su condición como miembros y participantes en las comisiones normativas de la CE, CENELEC Y CEN (Comité Europeo de Coordinación de Normas), para aventajar a competidores de los países en desarrollo más avanzados.

Finalmente, deberán acercarse al menos los márgenes de impuestos al consumidor que en la CE difieren, en parte, considerablemente. En algunos casos, como por ejemplo en el del café y el té en la RFA, esto permitiría en principio una reducción de los precios, que podría, por su parte, aumentar un poco el consumo. Por el contrario, una adaptación gradual de los impuestos sobre el tabaco a los niveles del Norte de la CE podría causar pérdidas de venta en los países miembros del Sur. Por lo demás, no se cambiaría casi nada en lo que respecta a productos agrícolas, tan importantes para los países subdesarrollados, puesto que el mercado interno no toca la política agraria común.

El efecto global de esta adaptación deberá evaluarse en base a la anterior política comercial de la CE hacia los países en desarrollo. En relación a ella, la CE ha creado una compleja jerarquía de preferencias, según la cual los países asociados del Mediterráneo y los países AKP** gozan de un acceso generalmente irrestricto y libre de aduanas a los mercados de la Comunidad, mientras los restantes países en desarrollo del sistema común de preferencias pagan bajas tarifas aduaneras. Sin embargo, dos factores han minado prácticamente el valor de esta estructura de preferencias: primero, las diferencias son demasiado reducidas como para influir en forma

determinante sobre las decisiones de principio ante otros costos que oscilan en forma considerable. Segundo, la CE se ha reservado generalmente cláusulas y otros instrumentos de protección, que ha aplicado de inmediato en la mayoría de los casos donde un país en desarrollo se hubiera convertido en competidor serio.

En resumen, y a pesar de todos los ajustes de la política comercial, no podrá contarse con una mayor liberalización básica o con una apertura de la CE a los países subdesarrollados.

Sustancialmente se realizará una nueva repartición de los accesos al mercado entre los países en desarrollo. Con ella ganarán sobre todo los países de por sí más exitosos, a menos que la CE redefina y escalone más claramente su estructura de preferencias. Además, los nuevos miembros insistirán en defender sus ventajas en el mercado interno, ventajas que necesitan con urgencia para compensar el trauma de la adaptación con medidas político-comerciales hacia el exterior. Por último, es muy posible que la CE deberá abrirse más hacia los países reformistas de Europa oriental que, en su mayoría, se encuentran muy endeudados con los países de la OCDE. En el caso de estos países la simple aplicación de las reglas del GATT mejoraría potencialmente su acceso al mercado europeo.

Ayuda sin ganas

La cooperación y ayuda para el desarrollo en un sentido más estricto, esto es, en lo fundamental, en cuanto a otorgamiento de subsidios o créditos favorables, así como en cooperación técnica, se verá afectada sólo indirectamente por el programa del mercado interno. La ayuda para el desarrollo concierne sobre todo a los países AKP, para los cuales las cuestiones comerciales no tienen mayor importancia.

En un principio, dos factores podrían tener efectos favorables: con un crecimiento económico general ascendente aumentarían los recursos destinados a la ayuda para el desarrollo, aun cuando la cuota del PTB fijada para ella permaneciera constante. Si la CE liberaliza la política de adquisición de los presupuestos públicos, por ejemplo sustituyendo los compromisos nacionales de adquisición por uno global para toda la CE (compras en cualquier país miembro de la Comunidad), mejoraría la relación costobeneficio en la ayuda para el desarrollo, ya que los consignatarios podrían escoger ofertas cualitativamente mejores y/o más económicas.

En el presupuesto de la CE la ayuda para el desarrollo ya tiene que competir actualmente no sólo con el complejo tradicionalmente más grande, la política agraria

común, sino también, en un futuro, con las crecientes demandas para implementar medidas que favorezcan a los nuevos miembros, apoyen el mercado interno o para Europa oriental. Sin embargo, es poco probable que esto repercuta en un descenso absoluto de los recursos destinados a la ayuda para el desarrollo. Ni la CE ni los países miembros en particular quieren recortar la ayuda por consideraciones y compromisos a largo plazo con instituciones o grupos de acción para el desarrollo. Pero tampoco puede esperarse un aumento desproporcionado de las cuotas asignadas para ella en el presupuesto de la CE o de sus países miembros. En el mejor de los casos, los países del Mediterráneo, que apenas se interesaban en una cooperación o ayuda para el desarrollo, se volverán más activos en este campo, siguiendo el ejemplo de Italia. Pero los nuevos recursos, en cuanto se disponga de ellos, se dedicarán seguramente a las nuevas tareas en Europa.

El escaso interés político por el mundo en desarrollo podrá reducir la cantidad de ayuda, pero también puede abrir nuevas posibilidades y trazar nuevas formas, puesto que frecuentemente la lógica objetiva de la ayuda al desarrollo se subordinaba a prioridades político-institucionales. Sería, por ejemplo, imaginable una creciente armonización de la ayuda europea, que todavía se realiza en un 80% de forma bilateral. Sin embargo, las posibilidades para tal armonización se reducen a correcciones superficiales, puesto que permanecen las organizaciones ejecutoras nacionales y otros muchos vested interests.

El mercado interno y la crisis de las economías centralizadas en el Este le han dado gran impulso a la filosofía de la libre economía de mercado. En consecuencia, la cooperación para el desarrollo se convertirá cada vez más en un medio para imponer cambios del régimen político, generalmente dentro del contexto de los programas de ajustes estructurales del FMI y del Banco Mundial que la CE apoya. Los países en desarrollo no podrán enfrentarse políticamente a ello, y menos aún a medida en que la URSS se retira del Tercer Mundo y deja de representar una alternativa real como aliado político y como protección económica.

Otra fuente considerable de recursos financieros para los países en desarrollo son los sistemas de fomento de la exportación de los países industrializados. La OCDE ha intentado frenar - más mal que bien - la carrera subvencionista de sus miembros por medio de varios acuerdos. En una CE más integrada deberán eliminarse estas vías independientes en el comercio exterior de las naciones. No es seguro que una política común para la exportación, que competiría entonces con la de los otros países de la OCDE, haría menos concesiones, porque se sentiría suficientemente fuer-

te, o si por el contrario daría más subvenciones porque se sentiría menos comprometida con las otras naciones industrializadas.

En resumen, la importancia de la ayuda para el desarrollo disminuirá. Su fama como instrumento para la lucha contra la pobreza se encuentra mayormente arruinada. Las instituciones para la administración de la ayuda han perdido su credibilidad, aunque menos que los gobiernos de los países subdesarrollados, a quienes casi nadie considera ya capaces de realizar un esfuerzo serio para el desarrollo. Así, no hay justificación posible para imponer un aumento de esta ayuda en la cotidianidad política, en vez de utilizar estos recursos para la nueva Europa global.

Probablemente los que puedan contar con una ayuda mayor sean los países en desarrollo más pobres dentro del grupo AKP, a quienes los bancos y acreedores públicos pueden condonar sus viejas deudas o apoyarlos en proyectos y programas que tengan importancia ecológica para la CE o para toda la humanidad, por ejemplo. En estos casos ambas formas de ayuda podrían combinarse, financiando estos proyectos ecológicos con el valor correspondiente de la condonación de las deudas, es decir, de la diferencia entre el valor nominal y el real de la deuda en los mercados secundarios. Algunos países en desarrollo necesitarán una ayuda adicional para que sus productos de exportación cumplan con las normas ambientales más estrictas de la CE en su nuevo mercado interno.

Si al establecimiento del mercado interno le sigue una integración monetaria, Europa ganaría importancia como centro financiero - y como fuente de capital - para los países en desarrollo. El mercado de la CE para servicios financieros se liberalizaría y aumentaría su eficiencia y volumen. Si con la capacidad competitiva de la CE aumentan sus excedentes en el balance de pagos, se convertiría en un importante exportador de capital. El ECU*** podría convertirse, junto con el yen y el dólar americano, en una de las divisas de reserva más importantes, y sería probable que tanto las deudas nuevas como las viejas de los países en desarrollo se diversifiquen, firmándose mayores cantidades en ECU y/o que deudores de la CE las mantuvieran en esta moneda. Esto podría reducir por un tiempo el servicio de la deuda, gracias a los intereses europeos más bajos en comparación con el dólar americano.

Perspectivas eurocentristas

El Tercer Mundo está out y Europa está in. En ambos casos fueron largos los procesos que produjeron tal situación.

Por la crisis en los primeros años de los 80 los países en desarrollo perdieron su peso económico. La recesión, el alza de los intereses y el dólar fuerte arruinaron su crecimiento y lanzaron sus deudas externas hacia el infinito - exceptuando los países del Sureste asiático. A su vez, se vieron afectados políticamente por el fracaso de los programas de cooperación para el desarrollo y la falta de confianza general en la utilidad de intervenciones políticas en el mercado mundial - ambos factores se acentuaron con la euforia mercantilista. A mediados y finales de los 80 perjudicó la distensión geopolítica. Del boom en este segundo período no sacaron ningún proyecto.

En cambio Europa vivió un renacimiento al menos político y psicológico en la segunda mitad de la década. No sólo mejoraba económicamente, sino que la ampliación hacia el Sur y el programa del mercado interno le dieron nuevos impulsos a la CE. Aun cuando no alcance todavía la capacidad competitiva internacional de los japoneses, la estrella del otro competidor importante, EE.UU., decae a causa de su constante doble déficit.

Las empresas europeas invirtieron preparándose para las condiciones más duras del mercado interno y para participar en las posibilidades de crecimiento de los nuevos miembros España y Portugal. Sobre todo la RFA, como mayor suministrador de bienes de inversión en Europa, se benefició con ello. Su de por sí fuerte posición como país monetario líder y su supremacía económica se están reforzando, y se convertirá en factor clave en la orientación de la política exterior de la CE por su situación geográfica como cruce centroeuropeo y en relación a la apertura de la RDA.

No sólo el auge económico, también la nueva confianza en Europa occidental agudizó políticamente la larga crisis de las economías centralizadas de Europa oriental. El modelo de Europa se volvió atractivo, no sólo para Estados neutrales como Austria, sino también para el resto de los países centroeuropeos. Por otra parte, estos países se volvieron más interesantes política y económicamente para la CE.

A pesar de sus problemas estructurales, tienen buenas posibilidades de ganarle, si no a los países en desarrollo más avanzados, sí a los subdesarrollados más débiles en la lucha por el mercado europeo occidental, en mucho el mercado de importación más grande del mundo entero. Lo pueden hacer también porque los inversores de la CE, e incluso del Japón, por ejemplo, están dispuestos a invertir y producir con las empresas nacionales para exportar hacia la CE, puesto que aquí encuentran intereses coincidentes. Para pagar sus deudas contraídas, y probablemente

crecientes, estos países centroeuropeos y orientales necesitan aumentar sus exportaciones hacia la CE u otros países con monedas fuertes.

En este proceso, Europa oriental competirá obligatoriamente con los países subdesarrollados, ya que las ventajas comparativas que presenta son parecidas: sobre todo, sueldos relativamente menores y, en algunos casos, existencia de materias primas. A diferencia de los países subdesarrollados, Europa occidental no puede permitir una crisis económica y luego político-militar en los países de Europa oriental. Sólo la consecuencia inmediata de tal crisis, una ola de emigrantes que ya por razones geográficas no podría frenarse tan fácilmente como en el caso de África, por ejemplo, sería suficiente motivación para ofrecerles una ayuda especial a estos países. Además, detrás de los problemas económicos aguardan peligros mucho más graves para la seguridad política: conflictos causados por minorías, viejas rencillas limítrofes, campañas de salvamento nacional pretendidas por los militares, nuevas «luchas de clase» por la fortuna productiva aún controlada por el Estado (y el partido). Europa occidental y central tiene un vital interés en tratar de evitar estos conflictos, aunque sea para mantener una situación en la que todos los participantes no tengan que lamentar y discutir sobre un descenso brusco de su bienestar material.

Para los países sureuropeos, particularmente los novatos ibéricos, estos problemas tendrán menor importancia, pero no podrán sustraerse a las presiones de la fracción centroeuropea en la CE. Intentarán que la cooperación creciente con el Este no corra a costa de ellos. Para eso tienen mejores condiciones que los países subdesarrollados, ya que pueden intervenir en la formulación de la política común de la CE. Sus tendencias de por sí proteccionistas se acentuarán en este sentido y se orientarán en tal medida contra los países subdesarrollados como tengan que aceptar la apertura hacia el Este. Esto afectará más a los países en vías de desarrollo que a los subdesarrollados más pobres, que por su poca competitividad y capacidad de manufacturación tienen menos que temer de medidas aislacionistas.

En todo caso, el viraje eurocéntrico en las prioridades para la cooperación estimulará a los países subdesarrollados y a los defensores de la ayuda para el desarrollo a revisar las bases de los compromisos en el Tercer Mundo. Muchas de estas bases permanecen vigentes, independientemente del cambio en Europa, o incluso adquieren por éste una nueva significación. La prosperidad europea, en contraste con la pobreza de muchos países subdesarrollados, aumentaría tanto como para escandalizar la conciencia de sus ciudadanos. La interdependencia ecológica global sería una preocupación más urgente para los más ricos. La distensión podría liberar re-

cursos presupuestarios dedicados a armamentos que podrían destinarse a nuevas tareas. Una reserva relativa en transferencias financieras podría agravar la crisis de la deuda. Las nuevas formas de cooperación con Europa oriental podrían servir de modelo para la ayuda a los países subdesarrollados y tomarse como ocasión y estímulo para su reforma. Y «finalmente», un creciente potencial amenazador en los países subdesarrollados es causado por la nefasta combinación del progreso tecnológico (militar) y las constantes crisis sociales, políticas y culturales unidas a formas de poder sin control democrático y responsabilidad moral que le sirvan de freno.

Todo esto no bastará - en vista de las grandes tendencias señaladas - para realizar una reorientación estratégica en favor de los países subdesarrollados. En particular, el ahorro en armamentos se compensa con los costos del desarme y el control armamentista y los gastos para limitar los efectos negativos (laborales) del desarme. Pero quizás bastaría el peso político de esta problemática permanente y a largo plazo en la relación Norte-Sur para abrir un modesto campo de acción en favor de la cooperación para el desarrollo. Dentro del contexto del Acuerdo de Lomé, la CE podría renunciar definitivamente a cláusulas y otras formas ocultas de proteccionismo; y darles a los países AKP acceso, en calidad de observadores, a los comités normativos CEN/CECELEC, tan importantes para entrar al mercado interno. Aun cuando sean sobre todo inversores de terceros países los que aprovechen esta apertura, se ayudaría también indirectamente a los países subdesarrollados que se utilizarían como sedes para nuevas industrias.

A los desafíos globales en el campo de la pobreza, seguridad, ambiente y administración de la economía mundial (deuda) la CE tiene que responder en todo caso menos con los instrumentos tradicionales de la ayuda para el desarrollo - que ya no parecen muy confiables sino con elementos de una política exterior, o mejor, de una política interna mundial. Europa deberá implementar tal política en relación con un nuevo desorden político y económico mundial.

El nuevo eurocentrismo se inserta aquí dentro de una nueva tendencia hacia la formación de bloques regionales. El (re)surgimiento de Europa occidental y Japón después de la Segunda Guerra Mundial minó finalmente la hegemonía norteamericana dentro del grupo de los países de la OCDE, incluso en todo el sistema capitalista mundial. Con la caída del sistema de Bretton-Woods comenzó una nueva fase multicéntrica, donde se cristalizaron algunos núcleos regionales: EE.UU. reforzó sus relaciones con Latinoamérica, Japón con el Este y Sureste Asiático, Europa con Africa y la región mediterránea. Además, aumenta la influencia relativa de los paí-

ses ascendentes, sobre todo Japón, en toda la periferia, y crece la interrelación económica entre los países de la OCDE, como puede observarse en las mayores cuotas del comercio exterior, en crecientes inversiones directas y en la cantidad de asociaciones o fusiones de empresas.

Pueden citarse como ejemplos de esta tendencia, el acuerdo de libre comercio firmado en 1988 entre EE.UU. y Canadá, el mercado interno de la CE, el espacio comercial común de la Europa de la CE con la EFTA****, así como las inversiones japonesas en el Pacífico. En cuanto a la política exterior, completa el cuadro el retiro paulatino de la URSS del escenario mundial. Con ello, el último elemento del papel hegemónico de los EE.UU., de la política militar de seguridad, pierde su importancia. Pero tardará mucho tiempo antes que la nueva competencia entre las potencias y bloques regionales dé motivos suficientes para intensificar la cooperación con los países subdesarrollados - sea en forma defensiva en la propia región o en forma ofensiva dentro de la zona de influencia de las otras metrópolis.

*Acuerdo para la Fundación de la Comunidad Europea.

**Asia - Caribe - Pacífico.

***Unidad Monetaria Europea.

****Asociación Europea de Libre Comercio